

tos <sup>1</sup>. Los carneros y las cabras, que fueron introducidos en edades antiguas de la civilización egipcia, son también de origen asiático y vinieron después del buey, pero antes de la introducción del caballo; el camello fué llevado a las orillas del Nilo durante un período de la historia relativamente reciente, a pesar de creerse hoy completamente indispensable como elemento de paisaje, y la gallina fué también una adquisición moderna, relativamente a la de los gansos y los patos. De ese modo Egipto se enriqueció sucesivamente con todas esas conquistas de primer orden en el mundo animal; pero desde sus orígenes parece haber poseído casi todas las plantas alimenticias que mencionan los antiguos autores.

Los más viejos monumentos que nos hayan legado los ribereños del Nilo apenas tienen setenta siglos, pero pertenecen a una época en que la civilización se hallaba tan notablemente desarrollada bajo ciertos aspectos, caracterizada por instituciones tan complejas, que se ha de admitir con toda exactitud una larga duración de cultura durante las edades anteriores <sup>2</sup>. El crecimiento de una nación es muy lento, como la de una encina prodigiosa que extiende a lo lejos sus raíces en la profundidad de la tierra. Se puede, pues, atribuir a miles de años atrás los primeros trazados míticos en el sentido incierto de la protohistoria egipcia. Por lo demás, contra la opinión de ciertos especialistas que sostienen como artículo de fe la anterioridad de la civilización egipcia sobre toda otra, no se puede ya tratar separadamente de la antigüedad de los grupos nilóticos y mesopotámicos. La influencia caldea ha sido uno de los factores de la sociedad egipcia en sus orígenes y no se equivocaría mucho J. Oppert haciendo remontar más allá del décimo o undécimo milenario antes de la era cristiana las primeras asociaciones humanas en las riberas del Eufrates.

Sin embargo, algunos cronólogos, hablando de la antigüedad inmemorial de la nación nilótica, han llegado a reducir mucho la duración de la monarquía egipcia, tal como la establecían los anales transmitidos por los sacerdotes y que la hace constar el gran

<sup>1</sup> Pietrement, *Les Chevaux dans les Temps préhistoriques et historiques*, «Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris», 1896, ps. 657 y siguientes.

<sup>2</sup> G. Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient classique*, p. 44.



LA TRILLA DEL TRIGO

Cl. Bonjils.

sacerdote de Heliópolis, Manethon, para informar a su señor el Ptolomeo Philadelfo. La imposibilidad de abarcar con el pensamiento largos siglos de una historia a la que faltan todos los detalles, explica parcialmente esta abreviación curiosa; pero ha de añadirse también, respecto de algunos escritores, el deseo de subordinar las crónicas de un pueblo profano a la del pueblo sagrado de los Hebreos. Necesitan a toda costa encerrar la historia de Egipto en los tres o cuatro mil años que, según las diversas versiones, los comentaristas de los libros judíos dicen haber transcurrido entre el diluvio y el nacimiento del Mesías, y si un historiador cristiano admite la veracidad de las listas de los reyes de Egipto, no puede conceder más de quinientos o seiscientos años al pueblo egipcio para apropiarse el valle del Nilo elevándose hasta la civilización que produjo la esfinge de Giseh <sup>1</sup>.

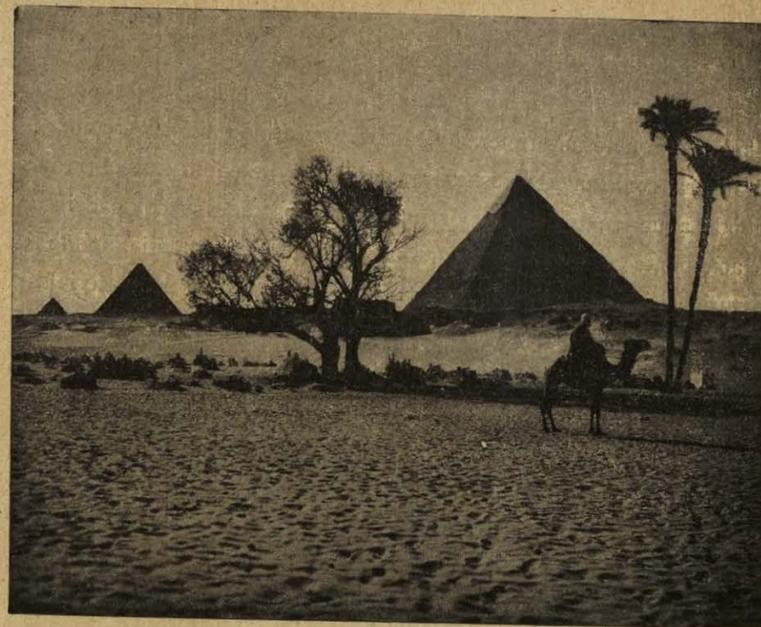
<sup>1</sup> L. J. Morié, *Histoire de l'Ethiopie*, I, ps. 50 y 51.

Tal es la causa de esta hipótesis que Manethon presentaría como sucesiva de las dinastías reinantes en la misma época en partes diferentes de Egipto; sin embargo, nada justifica esta suposición, que, según Brugsch, reduciría en quinientos años, y según Lepsius, en catorce siglos, la verdadera duración de las tablas de Manethon. La lista de los reinados, copiada por ese gran sacerdote, concuerda con la que da Eratóstenes y con inscripciones jeroglíficas, las de las ruinas del templo de Abidos, por ejemplo. Por lo demás, existen monumentos de arquitectura sobre los cuales un mismo rey se encuentra mencionado en comarcas distintas una de otra, precisamente donde se imaginaba que dinastías contemporáneas habían vivido independientes<sup>1</sup>. No hay duda que Manethon se ha engañado más de una vez, pero no todos los errores están en el mismo sentido; porque si parece lógico admitir que la 17.<sup>a</sup> dinastía, la primera del nuevo imperio tebano, era contemporánea de los últimos reyes pastores que combatió, es cierto que para la 7.<sup>a</sup> y la 11.<sup>a</sup>, las duraciones tradicionales de 70 días y de 43 años son insuficientes; los monumentos han revelado la existencia de veintidós reyes de esta última dinastía, de los cuales nueve eran Entef y seis Mentahotep, mientras Manethon sólo conocía dieciséis. Es pues, perfectamente racional conceder valor histórico a la sucesión de los diversos personajes reales enumerados por Manethon como reinantes durante un período de cincuenta o sesenta veces secular, o sea exactamente 5833 años antes de la era vulgar cristiana<sup>2</sup>.

Por largo que parezca este período, comparado con la duración del género humano según las leyendas judías, es evidentemente poca cosa en la evolución de un pueblo que había llegado a un grado muy alto de civilización y que sin embargo había vivido mucho tiempo a veces, bajo el dominio de los sacerdotes, en períodos de desenvolvimiento lentísimo, estacionario y hasta regresivo. También los fastos egipcios admiten que antes de las dinastías humanas se pasaron muchos miles de años de protohistoria bajo el reinado de los héroes y de los dioses. Un precioso documento llamado «papiro de Turín», del nombre de la biblioteca donde está conservado, divide esos tiempos del antiguo Egipto en tres períodos que comprenden en junto más

<sup>1</sup> Ernest Renan, *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, ps. 32 y siguientes.

<sup>2</sup> G. Rodier, *Antiquité des Races humaines*, p. 11.



PIRÁMIDES DE GISEH

Cl. David Gardiner.

de diez mil años y simbolizan, sin duda, en el pensamiento de los analistas egipcios, el poder de las fuerzas primitivas de la tierra y del cielo. Los siete grandes dioses figurados por los siete astros por excelencia reinarian los primeros, después vendrían los doce dioses que presiden a los doce meses y los treinta semidioses correspondientes a los treinta días del mes; la dominación de esas fuerzas elementales estaba, pues, regida por los movimientos de los astros, lo que prueba que los sabios egipcios conocían la marcha del sol sobre el plano de la eclíptica. Si los períodos con que han alargado sus anales no corresponden a la historia de su propio país, por ignorar sus elementos, a lo menos refieren realmente la historia del cielo.

Poco tiempo después de la época de la protohistoria, mencionada en los anales de Manethon considerando a Menes como fundador de la primera dinastía en Menfis, cerca de la bifurcación de las bocas fluviales, la monarquía se hallaba bastante fuerte y poderosamente establecida sobre la servidumbre de todos para que los soberanos pudieran obligar a la construcción, dedicada a su gloria,

de las prodigiosas masas de las pirámides. Esos admirables colosos prueban que la influencia de los Babilonios era entonces muy considerable en la corte de los reyes de Egipto y en los templos de los dioses, porque esas primeras pirámides no están edificadas con piedra dura, como pudiera esperarse naturalmente en un estrecho valle donde abundan las rocas por una y otra parte, sino con ladrillos, exactamente como las torres graduadas de la Mesopotamia, donde la naturaleza del suelo hacía necesario el empleo de estos materiales. El origen babilónico de este género de edificios es incontestable y lo prueba el hecho de que la forma más antigua de la pirámide de Egipto, tal como todavía se conserva en Sakkarah, es la de un templo escalonado, como los observatorios de Caldea <sup>1</sup>.

Otros indicios nos muestran cuánta influencia ejercieron los Sumerianos sobre las poblaciones de Egipto, visitando las riberas del Nilo 70 u 80 siglos antes de nuestra generación: ellos fueron, dice Fr. Hommel, quienes adiestraron a los Egipcios en el trabajo de los metales y les enseñaron el cultivo de los cereales. Gran parte de las palabras egipcias del antiguo período son de raíz sumero-akkadia, y en las dos comarcas es idéntica la genealogía de las antiguas divinidades, hasta los nombres se confunden; la escritura cuneiforme de los Asirios penetró después hasta en los templos y las bibliotecas de Egipto, como lo atestiguan las tabletas halladas en Tell-el-Amarna, cerca de Minieh; en aquella época las corrientes cambiaban las correspondencias regulares de las riberas del Tigris a las del Nilo; para los reyes a lo menos, estaba ya creado el servicio postal.

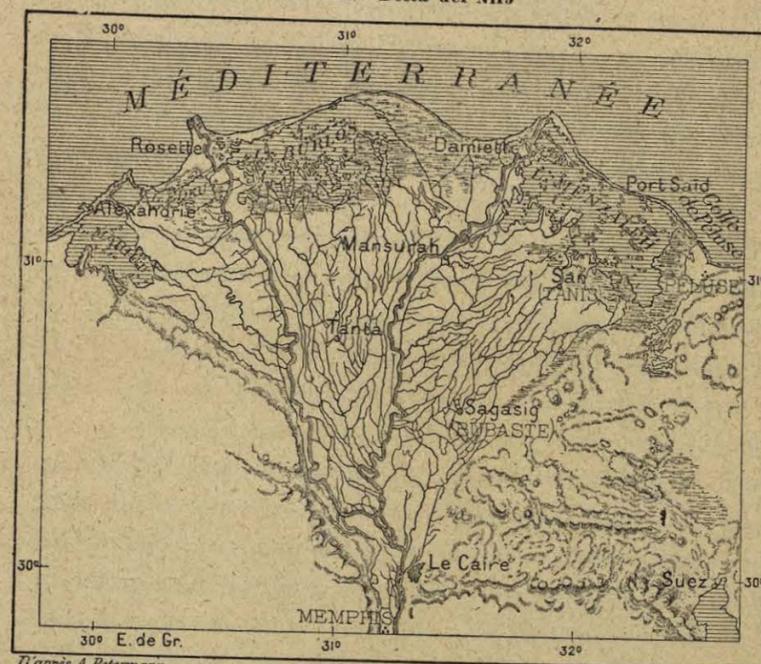
Mas por grande que haya sido la influencia babilónica sobre la civilización de Egipto y sobre sus procedimientos científicos, los ribereños del Nilo no dejaban de conservar su originalidad. De ese modo la división sexagesimal de Caldea, que fué tan importante en el mundo de la ciencia y que es todavía la división más usual en geografía, no parece haber sido introducida en los métodos ordinarios de los agrimensores y de los calculadores egipcios. El «papi-rus de Londres», que data de unos treinta y ocho siglos, y la tabla de cálculo de Giseh, estudiada por Brugsch y considerada por él

<sup>1</sup> Fr. Hommel.—R. Von Ihering, *Les Indo-Européens avant de l'Histoire*, trad. O. de Meulenaere, p. 113.

como mucho más antigua, indican para las operaciones matemáticas otro multiplicador, 320, que contiene los factores 2 y 5, pero que no es divisible por 3 <sup>1</sup>.

El poder egipcio, cualquiera que fuese su origen, trató siempre de garantizarse de las incursiones violentas procedentes de Asia, y, en la vecindad de los lagos Amargos, mantuvo siempre una gran mura-

N.º 134. Delta del Nilo



Compárese este mapa con el de la página 131 (N.º 130), para formarse idea de las modificaciones que han producido dos mil años en el trazado de las costas y de las ramas del Nilo.

lla de defensa, que el rey Snefru, fundador de la cuarta dinastía, hizo elevar para contener los bandidos beduinos <sup>2</sup>. Sin embargo, algunas invasiones pasaron adelante; según Flinders Petrie, en la época de la 3.ª dinastía o al principio de la 4.ª, vino de Asia por el istmo una raza que se sobrepuso a los trabajadores primitivos, veinticinco

<sup>1</sup> *Aus dem Morgenlande, Die älteste Rechenkunst*, ps. 35 y siguientes.

<sup>2</sup> Wiedmann, *Die Urzeit Ägyptens und seine älteste Bevölkerung*.